

Venezuela y el Caribe

*Elsa Cardozo de Da Silva**

Decir que Venezuela es un país caribeño puede obedecer a algo tan simple como la constatación de la cercanía y amplitud del contacto geográfico, pero puede ser cosa enormemente complicada en tanto evaluación de la naturaleza e intensidad de las interacciones y –a fin de cuentas– de la manera como nos vemos, nos identificamos con el Caribe. Así de simple o así de complicado es el análisis de las relaciones de Venezuela con el Caribe, su evolución remota, reciente y presente, así como sus prospectos. De esta manera se revela en la evolución de los estudios sobre el Caribe, y en la tendencia temprana a incorporar el debate sobre la definición misma de la región, con interés más académico o más político.

Estas líneas contienen una brevisima reflexión/interpretación sobre la manera como desde Venezuela hemos visto al Caribe y nos hemos visto en él desde los años sesentas. En esta tarea, para comenzar, parece más fácil para una internacionalista asumir la vertiente gubernamental de esa manera de ver y hacerse parte del Caribe. Voy a intentar ir más allá de esa perspectiva, abusando de las libertades con las que

nos tienta a todos la transdisciplinariedad así como los incentivos presentes en las transformaciones mismas en el espacio que antes llamábamos y organizábamos como "internacional" -sin más- pero que ahora nos luce trans-societal, repleto de paradojas y discontinuidades. La evolución de esas maneras de ver y de vernos allí desde Venezuela es el componente central de nuestro actuar en la región y, específicamente, de participar en el Grupo de los Tres.

Cómo nos vemos en el Caribe

A lo largo de su prehistoria y su historia, Venezuela ha vivido en íntima simbiosis con el Mar Caribe y sus islas. Las corrientes económicas, sociales, culturales y políticas que llegaron a tierra venezolana a través del Caribe han determinado en gran medida el destino de nuestro pueblo. Venezuela, a su vez, ejerció diversas influencias sobre las Antillas y contribuyó a crear el cuadro político y cultural de la región caribeña (Boersner, 1968:9)

Aunque el país está volcado en la inmensa extensión de sus costas norteñas hacia el Caribe, aun cuando relaciones humanas continuadas se han mantenido entre Venezuela y todos los países del Caribe, aun cuando un cierto comercio de cabotaje se ha realizado entre la República y algunos países del Caribe, lo cierto es que habíamos estado de espaldas al Mar de las Perlas o Mar de las Antillas. (Calvani, 1976: 444).

* Internacionalista, profesora titular UCV. Coordinadora de posgrado en relaciones internacionales y globales CEAP-FA-CES-UCV (e-mail psc@cantv.net).

Desde la perspectiva oficial, en la que por cierto han estado muy presentes desde mediados de los años sesentas preocupaciones por la naturaleza particular de la región caribeña, ésta fue incorporada cada vez más activamente a la agenda gubernamental. No es el caso aquí entrar a detallar los factores del entorno mundial (bipolaridad y descolonización), continental (revolución cubana, tensiones regionales y surgimiento de nuevos Estados en el Caribe), nacional (el traumático proceso de consolidación del régimen democrático, las tensiones con República Dominicana y con Cuba, la reclamación del territorio Esequibo frente a Gran Bretaña y luego frente a la República Cooperativa de Guyana). Lo importante aquí es, en cambio, destacar cómo tempranamente los problemas de estabilización política y desarrollo económico a enfrentar dentro y fuera del país fueron tratados a partir de lo que el canciller Ignacio Iribarren Borges definía en su memoria de 1965 como elementos centrales para la política exterior del Estado venezolano: las condiciones de ser país democrático, petrolero, americano y occidental, en desarrollo y geográficamente andino, amazónico y caribeño. Esa perspectiva –que en los análisis de Eva Josko de Guéron (1984, 1992) se evidencia como elemento de continuidad en los grandes trazos de la política exterior venezolana– descubre tres orientaciones que tempranamente se manifiestan en la relación con el Caribe: seguridad, desarrollo, y democracia, con los significados cambiantes que cada una va asumiendo con el transcurso de los años.

El acercamiento más sistemático tanto al Caribe continental centroamericano) como al insular se produce en el último tercio de la década de los años sesentas cuando dos gobiernos de diferente base partidista logran ir acumulando iniciativas de acercamiento a la región, identificando oportunidades comerciales y procurando cada vez más la aproximación cultural y la cooperación técnica, así como la reducción de tensiones con Guyana, con Trinidad-Tobago y con Cuba.

Ahora bien, es muy importante para efectuar este análisis examinar las definiciones sobre la región del Caribe que han prevalecido oficialmente en Venezuela en diferentes momentos.

Mi punto de partida (Cardozo, 1992) es que ha habido una importante y saludable dosis de continuidad en la política venezolana hacia el Caribe. A *grosso modo* la proyección venezolana se ha orientado al desarrollo de iniciativas de identificación y de creación de oportunidades; desde luego, esa política –en tanto conjunto intencional y relativamente coherente de de-

cisiones– ha enfrentado dificultades, ajustes y discontinuidades. Es más, aun a riesgo de reducir en exceso esta argumentación, considero que desde el comienzo del desarrollo de las relaciones –especialmente con el Caribe insular no-hispánico– estuvieron presentes tanto elementos de la definición etnohistórica como elementos geopolíticos, y cada vez más de economía política (Serbín, 1996). Lo que ha variado desde los años sesentas hasta hoy es el peso y la relación que la política exterior ha reconocido a estos elementos.

Para no hacer muy extensa la exposición, puesto que lo que parece más importante destacar en este foro es el balance presente y las perspectivas a futuro, es suficientemente ilustrativo de esos cambios de énfasis (cultural - estratégico - económico) el examen sucinto de las relaciones recientes, es decir, de lo que va de esta década.

En primer lugar, un componente bastante entendido aunque no siempre bien atendido oficialmente ha sido el de la **diversidad cultural**. Esto en parte facilitó pero también resultó del surgimiento de la idea de regionalismo en el Gran Caribe, de la búsqueda de nuevas formas de cooperación con sociedades muy diversas en el Caribe insular anglófono, a las que se añaden "... las diferencias entre el Caribe de las islas de habla hispana, holandesa o francesa; los países centroamericanos y Belice; los países hispanohablantes continentales y las Guayanas británica, holandesa y francesa" (Serbín, 1996: 47). En esta visión nos sabemos diversos y nos hemos propuesto, con mayor o menor esmero, construir la relación a partir de ese supuesto.

En segundo lugar, una vez que evolucionaron los impactos de la guerra de las Malvinas y de las crisis de Grenada, luego de que fueron superados los conflictos en Centroamérica, y tras las crisis del endeudamiento, los avances de la democratización regional y la adopción de distintas versiones de políticas de apertura económica, sucedió que fueron quedando de lado las visiones geopolíticas en las que la preocupación por la seguridad y por la consolidación del Caribe como zona de paz tenían un peso central. En esa perspectiva, definido el Caribe como la cuenca hidrográfica que "... incluye todos los espacios terrestres cuyas aguas drenan hacia el Mar interior de las Antillas..." (Müller, 1992: 199) problema de seguridad desde mediados de los años ochentas es el del libre tránsito de las exportaciones venezolanas, en referencia al cual adquieren especial importancia los procesos de delimitación de áreas marinas y submarinas en virtud de los cuales Venezuela consolida su proyec-

ción en 700.000 kilómetros cuadrados en el Caribe. Esta **visión geopolítica** del Caribe y de nosotros en él ha ido cambiando y manifestándose de maneras diversas en diferentes momentos: desde el predominio de la identidad occidental y de democracia asediada en los años sesentas, hasta una **visión más pluralista** y más cercana a la que cabría llamar dinámica geoeconómica y de vindicación de la diversidad desde finales de los años ochentas.

El nuevo **énfasis en lo geoeconómico**, es decir, en las posibilidades del desarrollo de espacios de integración económica, se acentúa entre 1989 y 1992 cuando la política exterior orientada por el plan conocido como el *Gran viraje* definía entre sus prioridades una agresiva política de promoción de estrategias de integración regional en diversos espacios, incluido con especial atención el Caribe que es abarcado simultáneamente por iniciativas como la continuidad del Acuerdo de cooperación energética y financiera mexicano-venezolano conocido como Acuerdo de San José, y muy especialmente, por la creación del Grupo de los Tres y por las propuestas venezolanas de libre comercio sin reciprocidad hacia los países del Sistema de Integración Económica Centroamericano (SIECA) y

hacia la Comunidad del Caribe (CARICOM). El "encadenamiento" de diversos esquemas de integración desde Venezuela va de lado con la visión ampliada del Caribe, el Gran Caribe, que conduce a la participación en la creación en 1994 de la Asociación de Estados del Caribe.

Desde 1992, y ostensiblemente a partir de la llegada del gobierno del presidente Caldera en 1994, factores de orden doméstico aunados a eventos en el hemisferio debilitan el peso de esa concepción del Caribe y del lugar que nuestros gobiernos dan a Venezuela dentro de él. En efecto, la crítica al inconcluso gobierno del presidente Pérez atacó muy duramente sus políticas económicas y también su política exterior, especialmente en la cuenca caribeña: las relaciones con Colombia y la cooperación con el Caribe fueron fuertemente criticadas y sufrieron una ostensible reducción en las prioridades de la agenda gubernamental. Tensiones en torno a la elección del secretario general de la OEA, sobre la eficacia de los programas de cooperación regional, e incluso vinculadas al juicio seguido contra el ex-presidente Pérez, fueron algunos de los componentes de una política que regresó a la búsqueda de reequilibrios geopolíti-



cos y geoeconómicos, en un momento en que el vacío de políticas económicas, la crisis financiera de 1994, el impacto del efecto tequila sobre los prospectos de NAFTA, y la agudización de tensiones fronterizas con Colombia, estimularon una concepción muy restringida del papel de las relaciones de Venezuela con el mundo. Así se restó prioridad incluso a espacios y relaciones –como el Caribe y Colombia– que aun en períodos de muy bajo perfil internacional habían merecido atención sostenida desde la jefatura del Estado.

A comienzos de 1996 una nueva orientación de las políticas económicas expresadas en la llamada *Agenda Venezuela* abrió nuevamente espacio para el desarrollo de algunas estrategias internacionales de apertura y adaptación/innovación ante las corrientes de la globalización. Pese a los vaivenes y altibajos de esas políticas, hay una dinámica de fondo atada a las circunstancias y los compromisos internacionales que se ha mantenido o que se ha ido reasumiendo en diversos ámbitos: en la contribución a la nueva institucionalidad y dinamismo representados en la Comunidad Andina de Naciones (CAN), en la relación bilateral con Colombia, en las negociaciones CAN - Mercosur, en los acuerdos con Caricom y en la participación en la Asociación de Estados del Caribe, y en el ritmo de avance de las negociaciones hemisféricas de libre comercio.

Además de esas circunstancias y de su peso hay otras dimensiones con cuya consideración quiero concluir, saliéndome del discurso tradicionalmente internacionalista: las dimensiones cultural y trans-societal de la gobernabilidad.

La cultura democrática y la proyección caribeña de Venezuela

La conexión entre la cultura política y la política exterior no ha sido, en general, muy elaborada teóricamente (Ebel y Taras, 1991: 5-25). En ello han incidido razones muy diversas que incluyen –en ámbitos diferentes– tanto las que derivan de la naturaleza particular de la política exterior en cuanto política pública, como las que derivan del predominio de las visiones realistas del Estado como "bola de billar".

Los vínculos entre la cultura democrática y la política exterior venezolana pueden analizarse en tres niveles: el de los valores que la han orientado, el de los procedimientos a partir de los cuales la propia política ha sido formulada y, finalmente, el de las estrategias

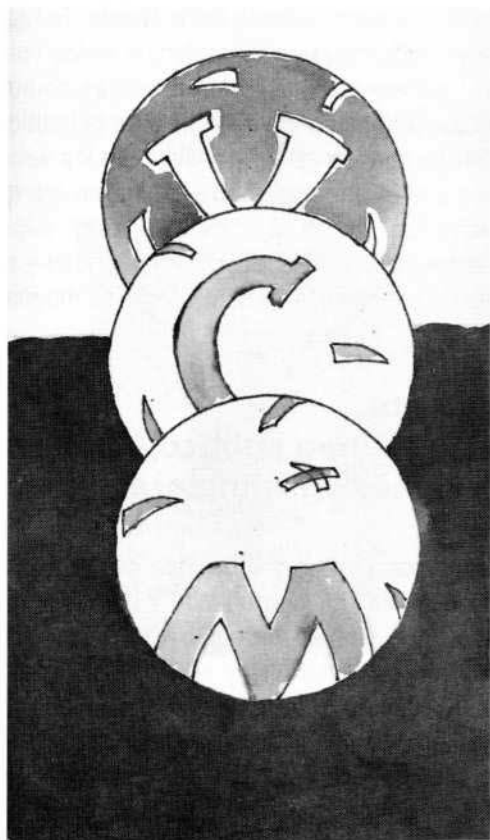
mediante las cuales ha sido instrumentada. Atendiendo primordialmente al primer nivel, puede decirse que la cultura de cooperación y participación se ha reflejado en la política exterior de Venezuela y que ha contribuido y puede contribuir a sacar provecho de heterogeneidades, asimetrías, capacidades multiformes, orientaciones cambiantes, interdependencias, simultaneidades y, en suma, del nuevo espacio político en expansión global, del cual la región del Gran Caribe es una excelente muestra e importantísima pieza en la vinculación de Venezuela con el mundo. Y allí el Grupo de los Tres es un mecanismo que exhibe con enorme complejidad las posibilidades y limitaciones de una asociación que más allá de lo comercial, se propuso ser un ámbito de coordinación política desde su nacimiento en 1989.

Los grandes rasgos culturales que subyacen a la práctica política democrática pueden reflejarse, y de hecho se han reflejado, en la política exterior venezolana (Cardozo, 1997). Veamos a continuación algunas consideraciones generales sobre la naturaleza de ese vínculo.

La concepción pluralista de la política

Un sistema democrático se ha de sustentar en una concepción pluralista de la política, vista ésta como ámbito en el que se manifiestan conflictos enraizados en la diversidad. Esa diversidad significa no sólo la aceptación de variados condicionamientos y en consecuencia intereses distintos, sino el reconocimiento de que hay intereses incompatibles que, más allá de disputas específicas, hacen del conflicto una realidad permanente e inevitable. En el ámbito internacional esto se ha de traducir en una actitud pluralista.

En el caso de Venezuela, no obstante las peculiaridades del sistema populista de conciliación de elites, diversos estudios recogen datos interesantes sobre el nivel de pluralismo alcanzado (Ebel, Taras y Cochrane, 1991; Hillman y Cardozo, 1997b), y esa orientación ha estado presente en discursos y conductas de política exterior desde los inicios del régimen democrático. Precisamente, es en la cuenca del Caribe donde de manera más constante y comprometida se va reflejando cada vez más esa concepción que fue expresamente recogida en la tesis de Rómulo Betancourt desde los años cuarenta y expresada luego en su gobierno entre 1959 y 1964 como doctrina Betancourt, pero también en la concepción del pluralismo



ideológico enunciada en 1969 por el presidente Rafael Caldera. Las tensiones con República Dominicana a comienzos de los años sesentas y los vaivenes en las relaciones con Cuba fueron dejando lugar –en el marco de importantes cambios en el contexto doméstico, regional y mundial– a aproximaciones más pluralistas hacia un ámbito que –aun en los períodos de menor activismo internacional– ha mantenido un puesto importante en la agenda venezolana.

Desde su nacimiento, el Grupo de los Tres tuvo presente no sólo el desarrollo de un acuerdo comercial muy ambicioso y complejo sino la coordinación de políticas orientadas por valores y estrategias de promoción de la democracia.

La significación de los medios y métodos

La actividad política se refiere fundamentalmente a las estrategias para enfrentar y eventualmente resolver los conflictos; de manera que una buena política –democrática– no es definida tanto por los fines que persigue, como por los medios de los que se vale para lograr la resolución pacífica y ordenada de los conflic-

tos. En política exterior esta es una orientación de materialización más compleja, de modo que aumentar la probabilidad de que las disputas sean resueltas pacíficamente ya puede considerarse un buen logro.

Si analizamos la evolución de la política exterior venezolana, en general, y específicamente en referencia al ámbito caribeño, no es difícil identificar –desde finales de los años sesentas– la tendencia a promover relaciones de cooperación y coordinación, tanto bilateral como multilateralmente, así como a impulsar la solución pacífica de controversias. Estas tendencias se han manifestado con impresionante continuidad en diferentes momentos y ámbitos: en las relaciones con Guyana, Colombia, con Centroamérica y con el Caribe insular (Cardozo, 1992). El Grupo de los Tres desde su constitución, y abiertamente durante su período de mayor activismo político –hasta 1991-1992–, ha tenido esta orientación, ostensible en sus intentos pasados por lograr la reducción de tensiones entre Cuba y Estados Unidos.

La disposición a fomentar la confianza y a negociar

Sigue de lo anterior que una “buena política” sólo es posible si existe en los participantes la necesaria flexibilidad para negociar, para hacer compromisos, para crear valores, para dar y para recibir y, en suma, para aprender. Tener esta orientación requiere ciertas inclinaciones: disposición tolerante; compromiso con la moderación; disgusto por los extremos; capacidad para colocarse “en los zapatos del otro”; y, en ocasiones, la aceptación de la debilidad propia, que no es otra cosa que asumir las “realidades del poder”.

Desde esta perspectiva, para empezar, uno de los grandes principios de la política exterior de Venezuela es aquel que privilegia constitucionalmente la solución negociada de controversias. Luego, más allá del precepto constitucional, la negociación ha sido privilegiada tanto para la solución de diferencias a nivel bilateral –como en el caso de la relación con Colombia– como para la participación en la mediación de conflictos en la cuenca del Caribe.

Ahora bien, así como en el ámbito doméstico ha habido una acelerada pérdida de credibilidad y confianza en las instituciones políticas y en la política como actividad, también internacionalmente ha habido –especialmente desde 1992 y en clara asociación con la crisis de transición nacional– un proceso de pérdida

de confianza en las instituciones y en algunas de las vinculaciones internacionales tradicionales. No viene al caso negar la ya referida pérdida de dinamismo –cuando no el claro deterioro– de las relaciones con países de la cuenca caribeña, por supuesto, no sólo atribuibles a la crisis interna que sin duda despertó susceptibilidades, sensibilidades y reticencias acerca del ámbito y medida de la participación y compromiso internacional de Venezuela. El debilitamiento de la proyección política y del dinamismo de las negociaciones económicas dentro del Grupo de los Tres está claramente asociado a nuestra circunstancia política, económica y de opinión doméstica.

La aproximación y el tratamiento de los conflictos

A partir de este conjunto de predisposiciones, entonces, el conflicto puede ser visto como un asunto que involucra intereses en competencia, más que una situación de antagonismo absoluto, de modo que deja espacio para la negociación, para la transacción y las soluciones mutuamente satisfactorias.

En la mejor tradición del sistema populista de conciliación de elites –versión venezolana de la democracia consociativa– se extendió en Venezuela una cultura del consenso desde arriba, que funcionó mientras el sistema sociopolítico y económico operó dentro de ciertos parámetros de simplicidad (recursos abundantes, demandas poco diversas). Al cambiar esos parámetros, el relativamente sencillo sistema de transacciones iniciales fue perdiendo su peculiar efectividad; de manera que se fue haciendo cada vez más difícil (y necesario) el aprendizaje de nuevas fórmulas para comprender y enfrentar el conflicto.

En política exterior se ha mantenido la preferencia por la negociación con sus virtudes y eficiencias específicas para enfrentar conflictos. Sin embargo, desde 1992 se comenzó a manifestar una tendencia a mirar al mundo exterior como amenaza, en diversos ámbitos: la crítica frontal a la globalización y el énfasis en su cara perversa, la conflictividad en las relaciones con Colombia, e incluso con países de la cuenca caribeña, y el nuevo énfasis geopolítico de las políticas de integración del gobierno instalado en 1994.

En general, la política exterior venezolana ha reflejado en las orientaciones y estrategias de la sucesión de gobiernos desde 1959 hasta el presente actitudes de participación (disposición efectiva a com-

prometerse en iniciativas regionales), tolerancia (aceptación y reconocimiento del potencial de las diferencias y divergencias) y competencia cívica (conocimiento y reconocimiento de los intereses comunes). Esto es perfectamente argumentable en la política hacia el Caribe que, en esta dimensión –de los valores y actitudes que la han orientado– exhibe un cierto hilo de continuidad. Es en el pasado reciente, especialmente entre 1994 y 1996, cuando la prioridad y al tratamiento de esa política sufrieron cambios mayores.

Finalmente: Espacio-tiempo político, actores y relaciones en transformación

La relación con el gran Caribe, que desde finales de los años sesentas ha ido ganando y manteniendo importancia en la agenda de política exterior de Venezuela, ha de ser vista ahora con nuevos ojos, para reconstruir/construir a partir del reconocimiento de un nuevo espacio-tiempo político en el que se desarrollan nuevas maneras de relacionarse. Este reto es, en esencia, de naturaleza cultural-política, en el amplio sentido dado aquí a lo político como espacio de intersección y negociación de intereses.

En efecto, nos encontramos ante un espacio-tiempo sociopolítico y económico en transformación: tiende a la heterogeneidad, a la asimetría, a los balances multiformes y casuísticos de capacidades; promueve relaciones de interdependencia positivas y negativas; está caracterizado por la simultaneidad de procesos y “tiempos” en los que se mezclan representaciones sociales y prácticas tradicionales, modernas y posmodernas; pierde de vista las orientaciones de largo plazo en medio de acelerados ciclos de atención que suceden al lado de enormes y veloces flujos de información.

Todo esto se manifiesta globalmente: desde la vida local hasta la dinámica mundial, y aunque su presentación y percepción dicotómica es frecuente tanto en los análisis que santifican como en los que condenan la globalización, el romper con esas dicotomías permite aproximarse de modo más adecuado a la nueva complejidad de lo político. Esa visión de “continuos” múltiples y superpuestos –resumidos en trabajos recientes de Rosenau como “fragmegración” o integración con fragmentación (1995; 1997)– nos permite repensar, revalorizar y enriquecer nuestra comprensión de lo cultural, lo político y lo social como



dimensiones fundamentales para entender lo que seguimos denominando "lo internacional".

En ese contexto, la pérdida de dinamismo político del Grupo de los Tres puede ser asociada al desprestigio de la política como actividad dentro de los países que lo conforman, y hacia afuera. La asociación entre los problemas de gobernabilidad y la calidad del fondo y forma de las políticas exteriores es cada vez más estrecha y evidente: porque, para empezar, los desarreglos domésticos se reflejan hacia afuera, pero muy especialmente porque esos desarreglos sólo pueden ser bien atendidos si se les comprende y atiende en su dimensión local y global. Es esto último lo que considero de mayor interés para revisar tanto la política exterior venezolana hacia el Caribe como el papel presente y futuro del Grupo de los Tres.

Lo discutido ampliamente en numerosos estudios sobre problemas de gobernabilidad democrática apunta a considerar que los desequilibrios entre el desarrollo institucional y el aumento sin precedente de las demandas sociales de participación parecen conducirnos en Venezuela y en muchos otros países latinoamericanos a una espiral de mayor presión sociopolítica, de mayor descrédito del régimen demo-

crático, y de episodios cada vez más frecuentes e intensos de desbordamiento. Y para comprender la nueva naturaleza de los problemas de gobernabilidad democrática y de la política como actividad es necesario ubicarlos en el contexto del nuevo espacio político.

Esos problemas no son simplemente parte de la vida social-doméstica "no-intervenible", sino que se extienden a todo el amplísimo y complejísimo espacio político global. En ese espacio, asuntos tan diversos como la preservación ambiental, la consolidación de la democracia, o la lucha contra lo que nos hemos acostumbrado a llamar narcotráfico, presentan enormes posibilidades a la vez que grandes obstáculos para la acción coordinada y eficiente: es allí donde se encuentra el nuevo espacio para lo que hasta ahora hemos llamado política exterior y para lo que en general cabría reconocer como un sistema de transacciones trans-sociales. Cada acuerdo de integración y de cooperación está llamado a convertirse en un espacio de esa naturaleza.

En cuanto al Grupo de los Tres, no cabe duda de que la pertenencia de México a NAFTA y los nuevos desafíos financieros y sociopolíticos al modelo político-económico mexicano, los conflictos domésticos y urgencias internacionales de Colombia, y los sobresaltos sociopolíticos y económicos que mantienen en jaque al pacto de gobernabilidad en Venezuela, han significado cambios importantes en las políticas exteriores de los tres países. El Grupo, técnicamente, ha mantenido en operación a sus equipos negociadores; sin embargo ha perdido dinamismo en una de sus tareas más importantes: la coordinación política.

Más allá de lo comercial, el Grupo de los Tres continúa siendo un acuerdo muy importante en el entramado de relaciones que los gobiernos venezolanos han ido estableciendo con los países del Gran Caribe (Romero, 1993). Para su pleno aprovechamiento, es necesario añadir a la dimensión intergubernamental el desarrollo de las relaciones entre las sociedades de los tres países y –según muestra un inventario preliminar recogido en una publicación reciente del CRIES– hay más de un centenar de movimientos y organizaciones no gubernamentales con vocación para hacerse parte activa de la sociedad civil del Gran Caribe: son las relaciones entre las personas las que desde fuera de los gobiernos y desde las sociedades pueden impulsar el aprovechamiento de las oportunidades que nos ofrece un nuevo espacio-tiempo sociopolítico y económico para el desarrollo de las potencialidades de la cuenca del Caribe.

Referencias bibliográficas

- Boersner, Demetrio (1968), *Venezuela en el Caribe, presencia cambiante*, Monte Avila Editores, Caracas.
- Calvani, Aristides (1976), "La política internacional de Venezuela en el último medio siglo", en Ramón J. Velázquez y otros, *Venezuela moderna. Medio siglo de historia*, Ariel, Barcelona, España.
- Cardozo de Da Silva, Elsa (1992), *Continuidad y consistencia en quince años de política exterior. 1969-1974*, Caracas, UCV.
- _____ (1997), "Venezuela: Política exterior para la gobernabilidad democrática", en Hillman y Cardozo (comps.), *De una a otra gobernabilidad: El desbordamiento de la democracia venezolana*, Caracas, Trópikos.
- Ebel, Roland H., Raymond Taras y James D. Cochrane (1991), *Political Culture and Foreign Policy in Latin America*, Nueva York, SUNY.
- Hillman, Richard S., y Elsa Cardozo de Da Silva, comps. (1997a), *De una a otra gobernabilidad: El desbordamiento de la democracia venezolana*, Caracas, Trópikos.
- _____ (1997b), *Political Culture and Democracy: Attitudes, Values and Beliefs in Venezuela*, Papel presentado a la Conferencia de LASA, Guadalajara.
- Josko de Guernón, Eva (1984), "La política exterior: continuidad y cambio, contradicción y coherencia", El Caso Venezuela, Piñango y Naim (comp.), Caracas, IESA.
- Josko de Guernón, Eva (1992), "Cambio y continuidad en la política exterior de Venezuela: una revisión", en C. Romero (comp.), *Reforma y política exterior en Venezuela*, Caracas, COPRE - INVESP - Editorial Nueva Sociedad.
- Müller Rojas, Alberto (1992), "Los problemas de seguridad de la región del Caribe: Perspectiva venezolana", papel presentado en el taller "La nueva agenda de seguridad en el Caribe ante los cambios globales", Caracas.
- Romero, Carlos (1993), "La política exterior de Venezuela en el contexto del Grupo de los Tres", en Andrés Serbín y Carlos Romero (editores), *El Grupo de los Tres. Asimetrías y convergencias*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad.
- Rosenau, James N. (1995), "Globalizador/localizante. Las nuevas dimensiones de la seguridad", *Revista Diálogo y seguridad* (No. 2), noviembre.
- _____ (1997), *Along the Domestic-Foreign Frontier. Exploring Governance in a Turbulent World*, Cambridge UK, Cambridge University Press.
- Serbín, Andrés (1996), *El ocaso de las islas*, Caracas, Nueva Sociedad - INVESP.

